

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

PUNTO DE ROCÍO

**En ningún lugar, amada, existirá el mundo sino adentro.
RAINER MARIA RILKE**

Prólogo

Pongo mis bultos de viajero solo
al lado de la puerta. Y me encamino
hacia el fuego interior, que es uno y trino,
igual que la palabra en que me inmolo.

Alzo de mí el escombros y lo tremolo
como alado trofeo del destino.
Y adentro el sol oscuro y cristalino
recibe al trasegado Marco Polo.

Ahí estás tú, princesa fehaciente,
recostada en la almohada del oriente,
aguardando el doméstico homenaje.

Me arrodillo ante ti. Deidad más clara
ningún viajero solo imaginara.
Y así la compañía es otro viaje.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

1

Te observo desde el tejado de las obsesiones,
Sabido que esta noche no será eterna,
Que el día asomará con su facha de vagabundo,
Que tendremos que seguir siendo lo que somos,
Fantasmas,
Iluminados,
Indigentes,
Arcángeles,
Ciudadanos perplejos,
Pero no importa: espérame,
Cuando la noche vuelva yo también volveré
A observarte mientras duermes desnuda a lo largo de mi cuerpo,
A observarte desde mi atalaya de búho feliz.
13-VII-2002

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

2

Eres la mujer que navega en una gota de ambrosía,
Así lo proclamo ante la calavera de yeso que me recuerda el deber de estar vivo,
Falta mucho para que amanezca pero la estrella de la mañana
Me hace guiños desde mi ejemplar abierto de Las Flores del Mal,
Si me atreviera le preguntaría por la clave secreta de tus sueños,
Y ya sé lo que me respondería:
Deja reposar tu mano sobre su corazón y lo sabrás, pobre diablo profético,
Después de todo la estrella de la mañana padece la ceguera de los
bienaventurados,
Y yo mejor me envuelvo por completo en el perraje de adolescente inmemorial
Mientras la gota de ambrosía resbala desde mi frente hasta el fin de los siglos.
13-VII-2002

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

3

El mar hace ordenado alarde de su impecable juventud,
Y para demostrarlo saca a brillar las embarcaciones de los argonautas,
Las flotas de los conquistadores navegantes,
Los bergantines de los piratas,
Los veleros enamorados de la sal,
Los vapores bufantes entre las catedrales de neblina,
Los transatlánticos que parecen inventos de Franco Zeffirelli,
Los cruceros engalanados con frutas de estación,
Pero la coreografía del mar es sólo una exquisita pieza de museo
Cuando me interno en las corrientes oscuras y encendidas de tus ojos.
13-VII-2002

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

4

Sorpréndeme con la sortija del infinito
Dentro del estuche de aceite que es tu manera de sonreír,
Las palabras todo lo pueden menos convertir una promesa en oficio viviente,
Por eso te recuerdo en silencio la oferta del mar en la bahía de Zihuatanejo,
Aquella noche en que las buganvillas danzaron a nuestro alrededor
Como doncellas ceremoniales en posesión incorrupta del éxtasis,
Todo es de pronto en la memoria una antigua balada de Charles Aznavour,
Algo al estar contigo me devuelve los poderes de lo cotidiano,
Eres la mujer que flota como una palma en la alberca de la razón,
La ninfa con delantal de mensajera,
La capitana del último pétalo donde pernoctó el invierno vestido de mercenario,
Y nada más porque las horas pasan y mañana podría ser día de guardar.
18-VII-2002

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

5

Me regocijo entre las copas, las porcelanas y los cubiertos
Porque ninguna agenda está tan sometida a los movimientos profundos del
alma
Como esta de compartir la mesa día a día,
Hay una lógica risueña del mantel,
Una gnoseología de los azafates cristalinos,
Una pedagogía de los aceites y los vinagres,
Una ética de los vinos bondadosos,
Una estética de los tomates y las lechugas,
Una metafísica de la salvia y el romero,
Una estimativa de las proteínas y los carbohidratos,
En fin toda esa ciencia superior del aliento en común,
De las manos que se intercambian aromas y sabores,
De las palabras que al ser las mismas tienen la originalidad de lo que nunca será
dicho.
Campus, 19-VII-2002

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

6

La vida hace que los silencios se acostumbren a su propio destino,
Porque los silencios también tienen derecho a la benevolencia del refugio,
A los patéticos silencios que no respiran
Hay que darles auxilio boca a boca,
A los silencios encumbrados en las torres gemelas de la razón
Hay que enviarles el correo platónico de las palomas mensajeras,
A los silencios que rasguñan el ventanal sin atreverse a pedir permiso para
pernoctar
Hay que ofrecerles la hamaca en el corredor de las begonias vírgenes,
A los silencios que se arropan del frío de ser con la frazada metafísica
Hay que hacerles reconocer los poderes conciliatorios del jardín,
En fin: la vida provee soluciones honorables para cada silencio,
El único silencio que ya está salvado es el silencio del amor.
Domingo, 21-VII-2002

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

7

Si mañana estallara de nuevo la Bolsa de Nueva York con todos sus papeles en blanco,
Si pasado mañana los globos cautivos de la primavera se escaparan para siempre,
Si un día después los cabildeos de los TLC fueran invadidos por un mitin de mariposas,
Yo me quedaría impávido recordando tus manos que acarician la arcilla,
Oyéndote caminar a mi alrededor como una lámpara confiada,
Sabido que el mundo está muy lejos de ti y de mí,
Que somos los únicos seres reales entre la agrietada comunidad de lo visible.
23-VII-2002

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

8

Habitamos en un edificio de palabras consagradas por el desuso,
Nuestro espacio disponible está en el piso inmediato a la azotea,
Oímos el aire y la lluvia, caminantes en el mismo círculo sin verse ni tocarse,
Atormentados por el polvo que tiene la estrategia de los cautivos imaginarios,
Una sola ventana nos comunica con el mundo exterior,
Hasta que una mañana descubrimos que esa ventana daba en realidad hacia adentro,
Era un tragaluz entre las membranas y los cartílagos,
No muy lejos el corazón hacía las veces de sol incansable,
Entre los bostezos de la memoria y las ansiedades del catecismo con tachaduras de luz,
No importa: somos felices en las alturas de este edificio abandonado,
Sabemos que nadie en la ciudad ha reparado en su existencia,
Una vez un niño gritó desde abajo: ¡Esa debe de ser la casita de Dios entre las nubes!
Tenía razón pero no vamos a confesárnoslo ni a nosotros mismos,
El amor después de todo es solamente una militante promesa divina.
Campus, sábado, 10:30 a. m., 27-VII-2002

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

9

La primavera cruza llevando de la mano un manojito de aleteantes ovejas,
El otoño baja de su desván con un rebaño de rosas fatigadas,
Estamos solos porque el reloj de sol ha quedado preso en un patio cerrado de Dalí,
Podríamos despertar y de seguro todo volvería a ser obra de ingeniería celeste,
Pero nosotros ya encontramos nuestra buhardilla en lo inexplicable,
Y aquí pensamos recuperar la salud de los habitantes misteriosos,
Aunque el verano y el invierno se olviden de nuestras profecías para siempre.
Nueva York, 1-VIII-2002, 4:40 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

10

Caminando a solas por Madison Avenue hemos aprendido a respirar en la multitud,
Es una fantasía religiosa que convoca todos los tapices reconocibles
En la ciudad más desnuda de la historia,
Ningún latido queda entonces a merced de este concierto de hojas embelesadas,
Caminamos sobre las baldosas etéreas del fin del mundo,
Sin la menor sensación de que el enjambre del terror se haya acercado a las verjas de cristal
En una crepitante recurrencia del septiembre negro,
Caminamos y ese es el único movimiento semejante al de los astros en la noche que vuela,
Río solar que le da la espalda a su propio almacén de luminarias obedientes,
Y la multitud por la que divagamos no es un campo de girasoles,
Sino el arroyo de pensamientos desconocidos que no alcanzará nunca a ver el mar.
Nueva York, 1-VIII-2002, 6:55 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

11

En un interludio entre Mozart y The Beatles,
En un abrir y cerrar de ojos entre Fleetwood Mac y Carl Orff,
En un cruce de esquina entre Brahms y Mecano,
En una línea temblorosa entre Joaquín Sabina y Joaquín Rodrigo,
En un chorrillo de aserrín entre Vivaldi y Rodgers & Hammerstein,
En una pluma nerviosa entre Santana y Leonard Bernstein,
Ahí donde la música respira en posesión del vuelo,
Donde las olas se suceden sin que el ritmo las alcance,
Ahí extendiendo la mano hacia tu mano,
Y sólo se escucha ese impulso que convoca todas las armonías reconocibles
Para departir con los silencios memoriosos en el cuarto de los fieles amantes.
Nueva York, 2-VIII-2002, 0:25 a. m., luego de ver *Contact*, en el Lincoln Center.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

12

En un planeta roto nos tocó esta vez nacer,
Y esa conciencia vale por todas las adivinaciones de la filosofía sistemática,
Estamos literalmente sitiados por un ejército de nomeolvides,
En paralela condición a la de los nómadas que descubren la fantasmagoría del oasis,
Sentimos que este planeta es apenas el traspasio donde guardan las bicicletas
Los dioses y las diosas de la tercera generación,
Y para nosotros esa es la máxima recompensa por la fidelidad al buen augurio,
Danzamos desnudos en la terraza del guardarropa solar,
A medio camino entre dos estrellas que se extinguieron en la luna pasada,
Y luego, sudorosos como los argonautas en la imaginación del rapsoda,
Nos ponemos a recoger los pedazos fosforescentes del planeta roto,
Para decorar nuestra casa levantada sobre el peñón que vuela en el vacío.
Nueva York, 5-VIII-2002, 3:55 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

13

El agua que fluye sobre el mármol se destrenza de pronto en un sueño de musgo,
No debería sorprendernos esta proclividad a los retornos ilusionados,
Cuando todo lo que nos queda del origen es la imprudencia del escombros,
Impasible respiración del lujo de ser,
Mnemotecnia de lo vivido que fluye como el agua sobre el mármol,
Hasta desembocar en la pasión vegetal que alumbra los cristales rotos,
Pereceremos es cierto,
Iremos acercándonos cada vez más a las fuentes de la conciencia,
Enredándonos en las serenas telarañas que delimitan los espacios de la avidez,
Mordiendo las semillas pendientes de hilos de espuma ceremonial,
Compartiendo la profusión de los juguetes estelares,
Entre los frisos donde los viejos héroes ya están muertos de sed,
Y seguiremos siendo el agua inmemorial que fluye sobre el mármol,
Esa riqueza temblorosa en el cauce sin grietas,
Hasta que el musgo nos libere dejándonos solos para siempre en su lecho fugaz.
En vuelo Miami-San Salvador, 5-VIII-2002, 4: 25 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

14

He guardado en una caja remota las pertenencias de los días de trabajo fecundo,
Hablo de la costumbre de estar despierto mientras las campanas se pierden en
su laberinto,

Esas jornadas de exquisita mudez con los sinfónicos otoños por testigos,

Y la abundancia haciéndome dueño de su obesa ternura,

Como en los cuentos del primer García Márquez,

Afuera los pasos de los transeúntes parecen dirigirse al malecón del Apocalipsis,

O a lo mejor esta figura desmesurada es sólo una sutil mampostería del estilo,

No le debo a nadie ni un solo verbo torturado,

Vengo desnudo de las colinas que ven el mar desde el cementerio de Valery,

Y el resto es inocencia,

Promesas como frutas agridulces,

Animaciones de la vigilia que educa en el arte de esperar,

Cartera de valores cuyas hojas son hojas,

Metro cuadrado en el que caben los jardines del último milenio,

Y dejo de contar,

Porque estoy recayendo en las ambiguas enumeraciones de los hombres solos,

Cuando ya sé que estás ahí,

En el cuarto de al lado,

Ordenando con amor minucioso los libros que nunca leeré.

Casa, 23-VIII-2002, viernes, 9:45 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

15

Estoy listo para recibir la confesión de lo inefable,
Pero en mi capilla interior aún es de madrugada,
Y sólo puedo distinguir tus pasos,
Que dan vueltas alrededor del sagrario de mi memoria,
Acógeme en tu lecho de rosas que respiran en círculo,
Protégeme de las imágenes prisioneras en los vitrales,
Alíviame con los aceites aromáticos de tu farmacia de intuiciones,
Permíteme conciliarme en tus manos con las abundancias del tiempo de guardar,
Aún es de madrugada y nadie ha salido a darse el lujo inmemorial de ser visible,
Ni siquiera mensajeros voladores del más allá,
Todos estamos despiertos pero nadie ha dejado de dormir,
Eso me permite guardar este mensaje en la botella de la salvación,
Oh hermosa,
Oh incansable,
Oh siempre dulce,
Estoy listo para recibir la confesión de lo inefable,
Y no puedo salir de esta palabra,
Que es la capilla de los deseos aprendidos,
Y desde aquí extendiendo los brazos hacia ti,
Que circulas a mi alrededor llevando al universo de la mano.
Casa, 28-VIII-2002, 6:40 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

16

Somos la encarnación del círculo perfecto,
Y eso lo saben los que leen las leyendas en los sepulcros de nuestros
antepasados,
Cinco generaciones arriba de nosotros nos aguardan dos personajes
reconocibles,
Con las manos tomadas en actitud de agradecida expectativa,
Don Pedro Arce y Fagoaga y doña Josefa Rascón Cuéllar,
De pie junto al balcón de las inmaculadas madre selvas,
La casa es una de esas espaciosas y vetustas casas de la Santísima Trinidad de
Sonsonate,
En el centro del patio interior hay un aljibe invitador de pájaros,
Por las comarcas de los corredores cruzan las mariposas,
En las estancias en penumbra refulgen las porcelanas y los cristales,
Los retratos y las espadas,
Don Pedro y doña Josefa nos aguardan para comer el pan dulce de las cinco,
Sabien que conocemos su más serena intimidad,
De su hijo Pedro vienen tus manos pensativas,
De su hija Josefa vienen mis ecos crepusculares,
Y mientras nos acercamos,
Con las manos tomadas en actitud de redescubrimiento inmemorial,
Oímos el coro de los días en los alrededores de este ejercicio fervoroso,
Como en las estampas de otra vida,
Como en las luces de otro sueño.
Casa, 31-VIII-2002, casa, 12:30 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

17

Estuve esta mañana en el bautismo de Agustín de Hipona de manos del obispo Ambrosio,
Venía de visitar al amanecer el taller donde Anaximandro dibuja el primer mapamundi,
Es un día cualquiera en la imaginación de Hans Christian Andersen el señor de las hadas,
Y en la otra esquina Leonardo el taxidermista de las ciencias de la naturaleza se desvive,
Es posible que Berkeley no haya podido dormir en su nido de encajes idealistas,
Sobre todo porque en el jardín aledaño Nietzsche sigue sembrando semillas alarmantes,
Y el aire frío de la madrugada acaba de matar a Descartes con la más perfecta impunidad,
Es hora de descansar unos instantes mientras el pensamiento se lava las manos,
Como lo ha hecho siempre en los momentos de perplejidad,
Cuando la fatiga de la razón exige alguna pócima sonriente,
¡Dios mío, qué ingratitud la de los juegos del tiempo!,
Si no fuera porque tengo el auxilio de esta pequeña atmósfera de aromas estelares,
Donde me ofreces los ungüentos de la perlada paz doméstica,
Ya habría regresado al redil de Epicuro, sin otra indumentaria que la del tímido viajero.
Domingo, 8-IX-2002, 1:20 p. m. Casa.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

18

No muy lejos de aquí,
Los humos de las fábricas nos recuerdan que apenas vamos entrando en la era industrial,
Eso podría ser una buena noticia para los expertos en estadísticas,
Si no fuera porque ya no hay fertilidad bucólica para aderezar los números enmohecidos,
Pero eso no es todo,
En nuestra propia casa las pantallitas de las laptop le hacen muecas al fantasma de la Bolsa,
Y esa es una confianza que sólo es posible cuando el sueño informático empieza a florecer,
Lo cual tendría todos los visos de un milagro en pleno subdesarrollo existencial,
Si no fuera porque las begonias y los rábanos están a punto de morir de asma irredenta,
Y los balidos de las ovejas vespérales hacen imperativo reescribir lo intocable,
Como decir las historias más dulces de la Biblia,
Es posible que nada quede a salvo de este nuevo diluvio,
Porque Noé se resiste a cumplir el destino de Lázaro,
Y por eso cada quien tendrá que organizar su propia salvación,
Que es lo que vengo a proponerte bajo el paciente auxilio de la lámpara,
Que nos comportemos esta noche como si fuéramos los únicos sobrevivientes,
Los únicos viajeros con posibilidad de zarpar.
Domingo, 15-IX-2002, 6:10 p. m. Casa

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

19

Te alejas unos días y yo me quedo solo para siempre,
Apagas el candelabro en la cornisa y el cielo estrellado desaparece como por encanto,
Dejas de hablarme por unos minutos y el Siglo de Oro se disuelve en la neblina,
Vuelves el rostro hacia el poniente y el paisaje pierde de súbito la voz,
Lloras en silencio durante la misa y los ángeles ya no recuerdan el salmo que sigue,
Tienes el poder exquisito de gobernar mis paradojas más originales,
Lo demás es latido,
Armonía descalza,
Delicia intermitente.
Domingo, 22-IX-2002, 9:25 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

20

Tenemos palabras para todos los días,
Tenemos silencios para todas las noches,
La vida, a nuestro alrededor, es un desorden de máquinas ingobernables,
Pero nosotros sólo somos nosotros,
Y por eso habitamos una buhardilla en la que nunca anochece,
En la que nunca amanece,
Mientras el sol libera los silencios,
Mientras la noche arroja las palabras.

Ídem

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

21

Voy a recordarte desnuda como se recuerda la rosa de la infancia,
Voy a recordarte vestida como se recuerda el rito de la comunión,
Voy a recordarte desnuda como se recuerda el tiempo de las páginas rotas,
Voy a recordarte vestida como se recuerda la orfandad de los sueños infieles,
Voy a recordarte con todo el recuerdo desterrado,
Voy a recordarte con todo el olvido navegable,
Voy a recordarte conmigo entre tu sueño,
Voy a recordarte sin mí entre mi vigilia,
Y cuando ya no haya recuerdo volveré a recordarte
Con la asistencia de la eternidad.
Sábado, 31-V-2003-06-01

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

22

El fiel jamás entra en su iglesia con las manos vacías,
El fiel repite cada día una oración desconocida,
La vida existe para el fiel cuando una hoguera le ilumina su destino,
La muerte existe para el fiel cuando las naves de Asia regresan sin retraso,
Alguien me pregunta en la calle: ¿Tú eres acaso el fiel?,
Y yo tiemblo de gracia en el aura de tu perfume,
Diosa desenterrada,
Virgen próspera,
Capitana obediente,
Amazona del aire,
Torre de David.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

23

Y mañana cuando amanezca habrá un mensaje en el ordenador,
Un poema ambulante para el día de lluvia,
Un soneto quizás para que no olvidemos la protección de Lope,
Padre nuestro,
Un haiku de repente recogido en el aire como una rosa de ceniza,
Basta tocar la tecla exacta para que Dios nos dé su correo electrónico,
Este es el gran milagro de las potencias tecnológicas,
La obra del corazón global resumida en un toque de aleluya,
Lo demás es basura silenciosa,
Como la agenda del G-8.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

24

Desde que habito tus almohadas
Ninguna estrella me es ajena,
Desde que comparto contigo las porcelanas del asombro
No hay alimento que me niegue su intrépido perfume,
Desde que regreso a ti de la jornada escrupulosa
Todas las rimas del tiempo radiante se hallan a gusto en mi cuaderno,
Desde que me olvido de las razones suficientes para ser feliz
Ya no hay por qué temerle al olvido, que vuelve a ser nahual doméstico.
NY, 6-VI-2003, 4:30 p. m.

David Escobar Galindo

Fragmento: Libro del Fiel

25

Viajero solo en paz, y redimido.
¿Cómo explicar mejor mi fe de viaje?
Si es regresar al íntimo hospedaje
guardando en las alforjas lo vivido.

Ninguna luz de fuego más sentido,
ningún recuerdo con mejor cordaje,
ninguna inspiración de más voltaje,
si todo el hospedaje es un latido.

Un latido sereno y compartido,
un celaje que alienta el homenaje
que hace a su dueña el caballero ungido.

Y así, a la luz del áureo reciclaje,
se resume la vida en el sabido
sentir que no hay alianza sin mensaje.
NY, 6-VI-2003, 6:14 p. m.
(2002-2003)

David Escolar Galindo

Poesía varia

El caballero de Magritte

Caminaba por calles
donde la luz se demoraba mucho,
quizás contando gajos de San Carlos.
Eran esos lugares apacibles,
de inmóviles señoras a las puertas
y costureras en un fondo de humo.
Yo no nací para las avenidas
-hago una salvedad: Campos Elíseos-,
sino para los quietos callejones,
para los caminitos con recodos.
¡Es una ceremonia tan magnánima
la de admirar antiguos adoquines,
con ojos inocentes que nos siguen
desde el gastado albor de los encajes!

A la par de las verjas,
los pequeños jardines eran reinos
donde una rosa siempre gobernaba.
Una rosa distinta cada día:
la de ayer más fragante,
la de hoy más empinada,
la de mañana casi con luz propia,
la de después con tiernas telarañas.
Era tan dulce el aire
como si hubiera hecho la siesta
junto a la dulcería «Las Gardenias»;
y yo, cuidándome de no ser visto,
cortaba un ramo de aire,
y lo iba saboreando hasta el cansancio,
con la perseverancia del profeta.

Alguna vez, las calles
se llenaban de lluvia:
era como si todas las cortinas
se rebelaran tras de sus balcones,
con un murmullo alegre y recatado,
que le daba al ambiente

esa ternura de filial crepúsculo.
No sé por qué la lluvia
siempre me sorprendió cuando la tarde
ya no tenía apenas resplandores.
Era una lluvia viva, desde luego.
Una lluvia caliente y vaporosa.
La lluvia que sonaba entre los árboles
como la antigua y auroral marimba,
tocada por ancianos.

Me enseñaron las calles
la paciencia del río cotidiano,
la claridad humilde del remanso
que refleja una garza imaginaria.
Supe después la fuerza de los ríos,
brilló después se fue volviendo espacio
donde ya era posible
inventar una estrella.
Pero nunca dejé de caminar
por las calles tranquilas, suburbanas,
igual que el enlutado personaje
de Magritte, sin edad, siempre de espaldas.
Quizás los muros se descascaraban,
quizás las puertas eran más herméticas.
Yo siempre caminaba por las calles
donde la luz se demoraba mucho,
donde la vida era el indescifrado,
sereno laberinto.
Nunca dejé de andar por esas calles,
porque sé que una de ellas desemboca
en la Plaza del sueño.

David Escobar Galindo

Poesía varia

Ars poética

¡Belleza, flor de sueño, al fin alientas
después de tanto espanto y tanto llanto!
Porque también tu gracia puede tanto,
tanto más que el crujir de las afrentas.

Después de la dolencia del espanto,
cómo surgen tus músicas sedientas:
surtidores que ayer fueron tormentas
murmullos que mañana serán canto.

Se escondió tu vigilia donde pudo,
durmió entre los escombros hecha un nudo,
se ocultó en un rincón de la cornisa.

Pero ha venido el tiempo del sosiego.
¡Y tú, belleza, manantial de fuego,
renaces otra vez de la ceniza!

David Escolar Galindo

Poesía varia

El episodio terrorista dos

Ando entre luz quebrada, oscurecida,
con una abeja dentro del cerebro,
pulso de amor abriéndose, cerrándose;
y las palabras cotidianas gimen
como puertas antiguas, sin retorno,
una taza de leche cumple el celo
de la época, pasan los ejércitos
mientras por la ventana ven mis ojos
una pequeña calle transversal
con suaves casas que no se imaginan
la vecindad del hombre desvelado
por la violencia -polvo irrestañable,
remolino de polvo que aparece
por un segundo, igual que los relámpagos.
Tiempo de meditar- silla furiosa.
¿Seré el cautivo o el apasionado?

Ambos -doble rumor de la estructura:
el sonido del arma en pie de vuelo,
la razón que estrujada se alimenta
de sus propias sustancias ofendidas;
y hoy levantarse con el santo y seña
desde la construcción ebria de clavos
hasta la densidad del sentimiento,
fértil como canela masticada,
es una soledad de doble filo,
un tener la remota valentía
de caminar con húmedos plumajes
entre las horas de crucial encuentro.

Después de todo el aire es una dádiva
llena de pasionales abundancias,
¿y qué enseña este tiempo sino el eco
de la conturbación racionalista,
bella en inútiles declaraciones,
la organizada sombra de las piedras
que en su esplendor de muros y de tumbas

tapia a muertos y a vivos, a opresores
y a oprimidos, a limpios y a envidiosos?

El sol entre los árboles ardiendo
me quema la mirada, me enternece,
porque respiro un fuego respirado
y amo este reino de respiraciones,
hoy más que nunca, ante el clamor secreto.

Y de esta funeral demografía,
de este ecológico derrumbamiento,
de esta presión impúdica, inodora,
de esta anillada criminalidad,
¿hacia qué callejones embocamos,
enardecidos entre dos cegueras?
Quizás nunca se extingue al fin, al fin,
la luna clara al fondo de la sangre,
así como los ojos siempre vuelven
hacia un desnudo de mujer deseada.

Mi corazón olvida entre las sombras
sus tijeras sagradas: los recuerdos.

David Escolar Galindo

Poesía varia

Primera confesión

Para acercarme a tus manos tengo que inventar un jardín.
Eso lo supe desde un instante muy remoto en el tiempo:
Cuando nos descubrimos aquella tarde en el cristal de Alejandría.
No sé si yo era real, pero tú acababas de revivirme en tu memoria,
Y eso bastó para que la noche se incorporara de sí misma con rumor de destino,
aleteando entre las sombras de los semidioses complacientes.
Tú, la muchacha descalza, caminabas contra mi pecho;
Y al tocar con tu energía fabulosa el río de mi piel,
Me convertiste en vapor excelente y cobarde,
Cruzaste por mis membranas como por una Vía Láctea fecunda y fantasmal,
Te deslizaste con sigilo sutil bajo mis genitales venturosos,
Y seguiste adelante, por esa ruta fácil donde ya para siempre debía transitarte,
De seguro marcado por la respiración del poema recóndito.
Los siglos son hisopos obedientes desde aquel atardecer.
Los milenios resplandecen como las ajorcas de tu misterio imaginado.
Si tuviera que describir esa ilusión feliz tendría al final que desprenderme
De todos los orgasmos de la fantasía, y quedarme solo y desnudo,
Transfigurándome en un profeta más poderoso que su Dios.
¡Y esas son las demasías que mi condición de obrero transpirante no permite!
Después, llegaron las épocas del éxodo.
Tuve que huir hacia el futuro para alcanzar tu palidez,
Reclinándome cada primavera en el dilema de estar vivo.
Las puertas infinitas de la mar oceánica me acogieron como al hijo pródigo.
Desembarqué cien veces en el viejo muelle del presentimiento,
En busca de otra ciudad como la nuestra, con sus espejos y sus travesaños.
Pero todos los veleros me llevaban de vuelta hacia la soledad,
En un círculo atormentado por las celestes recriminaciones.
Si soy humano, el fuego cumple en mí su cruzada contra los nómadas
arcángeles.
Si soy divino, la armonía feroz asume la tarea de derrotar mis sueños húmedos.

David Escobar Galindo

Poesía varia

Ejercicios matinales

La palabra que se libera a sí misma se vuelve una pequeña abeja que pica a diestro y siniestro. Si esa abeja se africaniza, se introduce el caos en el panal de las palabras. De ahí el murmullo furioso de ciertas multitudes.

* * * * *

Toda la filosofía de la vida se resume, nos guste o no, en una sola palabra: Esperar. Un esperar en la medida humana de lo relativo. Porque el que no espera nada, ya no vive; y el que lo espera todo, tampoco.

* * * * *

Una poesía sin intimidad carece de raíces. Puede tener la vistosidad de un espejo o el resplandor de una luz de bengala, pero jamás tendrá la vitalidad inocente de un árbol.

* * * * *

La poesía, como el aire, tiene el don de la ubicuidad. Su existencia es inmemorial, su misterio es intangible. Algunos ilusos, en todas las épocas, han pretendido guardarla en frascos, y ponerle viñetas, como si se tratara de una medicina o de un reconstituyente; pero la poesía nunca se ha dejado atrapar por mucho tiempo, y se ha escapado como lo que es: El afluvo supremo del espíritu.

* * * * *

Al que odia o al que envidia se le nota en la cara. Es posible que para guardar las apariencias indispensables el odiador y el envidioso aprendan una buena rutina de sonrisas y gestos amables. Esa rutina la aplican con cuidado, para no delatarse, porque el odio y la envidia, cualesquiera sean sus razones o impulsos, son males que nadie confiesa, sufrimientos atroces que nadie quiere reconocer. La rutina del encubrimiento puede ser perfecta. Pero el odiador y el envidioso también son humanos, y en algún momento bajan la guardia. Si alguien está

atento, y en el ángulo de observación conveniente, podrá ver cómo la falsa sonrisa se derrite, dejando ver los dientes, como una calavera; y cómo la mirada se convierte en un rayo seco, por el que fluye una lágrima de hiel.

* * * * *

Andas buscando a la mujer de tus sueños en la inmensa plaza llena de gente que circula. Sabes que está ahí, porque las luces de la tarde te lo anuncian. Quieres clamar su nombre, pero temes que al menor ruido la plaza desaparezca como por encanto; la plaza, y con ella la multitud, las luces maravillosas del crepúsculo, y tú mismo, y sólo quede, extraviada para siempre, la mujer de tus sueños.

David Escobar Galindo

Poesía varia

Aventura superior

Cuando toco tus manos me imagino
Que toco las fronteras del origen;
Y desde ahí, las voces que me rigen
Van subiendo al silencio que adivino.
Voy subiendo en tus venas, con el sino
De los fieles hidalgos que se exigen
Disciplina y fulgor, y no transigen
Sino con el hallazgo diamantino.
Cuando toco tus manos ya poseo
La perfecta blancura, diferente
A todas las blancuras conocidas.
Y con esa blancura por trofeo,
Avanzo en mi aventura reverente
Cruzando los espejos de otras vidas.

David Escolar Galindo

Poesía varia

Jazmines Heredados

Cierro los ojos para ver la luz
que sobrevive al íntimo terror
de disolverse en la total conciencia;
y hay primero una ráfaga difusa,
una explosión serena y ambarina
que tiembla como el fluido de los sueños
en la frontera de la madrugada.

Doy un paso, y la frágil claridad
se abre como llamándome,
como invitándome a su intimidad
aterradora y dulce:
es una sensación desesperada
y sosegada al mismo tiempo,
el inicio quizás
de la aventura del entendimiento,
pero no por la sed de la razón
sino por la fragancia deliciosa
del ser y el olvidar entrelazados.

¡Yo he soñado esta gracia tantas veces,
y sin embargo siento
la torpeza descalza del primate
que comprende el milagro de la flor,
después de estar en vela por milenios!
Es una fantasía tan fecunda
que por los poros me gotea música,
y soy de pronto un semidiós perlado
en una mutación arrolladora
que desgasta los genes como fósforos
y alumbra las estancias más profundas,
esas que el pensamiento
se figuró vacías,
o a lo más ocupadas por fantasmas.

Y no: el jardín existe,
el paraíso es un temblor que habita
las voluptuosidades más anónimas;
y la verdad difusa del anhelo,

sentido humanamente hasta la médula,
transforma al pensador en habitante
de su cielo enterrado y sin memoria.
Y de su indefensión que se confiesa
en el orgullo de la vida impune,
de ese brillo de espuma
que congrega en los ojos
la marejada ausente de la sangre,
va abriéndose un espacio
de pájaros que vuelan sin descanso
en la embriaguez de la nocturnidad,
de muchachas desnudas que se enredan
en sus velos sangrantes,
de nubes que se bañan en el fuego
y liberan los aires ateridos.

¡Y esa es la tierra oculta
por la luz terminal de la palabra,
el sitio en que el jilguero
derrama en una gota
de alucinada muerte
mi corazón eterno y sin salida!
Esa es la fantasía planetaria
a la que volveré una y cien veces,
mientras alumbren en la luz secreta
los maduros jazmines
del amor inminente
en un ciego perfume inagotable.

David Escobar Galindo

Poesía varia

Diálogo en la tiniebla

No busco la verdad, pero persigo
su estela cautivante, su aleteo
que es la réplica infiel de lo que creo
y el huidizo fulgor de lo que digo.

La verdad absoluta es un castigo
que quizás no merezca mi deseo.
Y su ausencia es el último trofeo
que desvela mi angustia de testigo.

Me quedo con la flor de la pregunta,
aspirando el aroma sin respuesta,
dejando que el silencio apenas hable.

Y al sentir que la lágrima despunta,
la verdad, como un grillo, me contesta
desde el jardín del vértigo insondable.

David Escobar Galindo

Poesía varia

Las llaves del subsuelo

Vivimos en la violencia verde, disfrazada,
como tranquilos visitantes de un pueblo
sujeto en el primer hervor del desafío;
dignatarios sin plumas se pierden en las páginas;
encomenderos, comerciantes, jueces,
plenamente juiciosos, nos ahogan el juicio;
por las veredas del país, las sombras
son verdes y encendidas también, huelen a piedra,
como nosotros, seres de ciudad, clandestinos
merodeadores del presentimiento,
porque con cada día que pasa, cada día,
se agrega un rayo más al ambiente colmado,
y hasta los chupamieles arden como pañuelos ofendidos.
Nuestra profundidad es solitaria:
cada quien con su duda y con su nombre
buscando —a cualquier hora— algún predio baldío,
y arriba el cielo intensamente impúdico,
azul y negro y rojo, como si los papeles
estuvieran cambiados, y la tormenta fuera tierra firme,
la pradera del sol tan trillado y rendido.
¿Cómo se expresará toda esta fuerza acumulada
y acumulándose hasta a través del estremecimiento
de la pluma y del pulso con que escribo?
Vamos hacia otra herencia, con el ruido social
de símbolo, derrumbe y sal intacta:
en esta contenida marea de penurias y de lujos vivimos.

David Escobar Galindo

Poesía varia

Tren de la noche

Suena el tren en la noche
—¿llamando a quién, a quiénes?—,
el tren abajo, en los cañaverales,
como una larga serie de pañuelos llorados;
y su llamar se junta al fuego de los perros,
sofocando las luces pequeñas y amarillas,
llamándonos, llamándonos,
porque nosotros, madre, nos iremos en él,
con la canasta virgen y la hermanita enferma
y un envoltorio de pañales
como dormidas mariposas,
y el tren no espera, no, no espera nunca,
y por eso corremos entre el polvo nocturno
como fieles y nítidas luciérnagas...

David Escobar Galindo

Poesía varia

Parábola

El sol se pierde —moneda de fuego
en su ciega alcancía.
Duerme el tesoro, luego, en el pleno sosiego,
hasta que lo descubre, de pronto, en el hondón,
el picapedrero del día.

(Tal le pasa al maduro corazón).

(La presente compilación de textos del poeta salvadoreño David Escobar Galindo, ha sido realizada por André Cruchaga)